



DON JUAN TORRAS Y GUARDIOLA (†),
Arquitecto.

RECUERDOS DE UN VIAJE A BARCELONA

LA OBRA GIGANTESCA DE UN ARQUITECTO

Debido homenaje a la memoria de D. Juan Torras y Guardiola.

Regresábamos de visitar las obras del Parque de Montjuich, acompañados por su ilustre director, el Sr. Puig y Cadafalch, que tan justo renombre goza entre los profesionales de la Arquitectura. Extremando su cortesía, nos había explicado, con esa elocuente facilidad que da la suficiencia, cuantos detalles podían interesarnos de su hermoso proyecto, concebido con tanta pericia como buen gusto. Nada nos había quedado por contemplar de la admirable empresa, deteniéndonos con verdadera delectación en el examen del trazado del maravilloso Parque y en cuantos motivos ornamentales completan el conjunto.

La Naturaleza, propicia al éxito del artista, magnificaba, con un panorama espléndido en luces y tonalidades, la visión asombrosa de la ciudad condal y de su amplio puerto, poblado de mástiles y chimeneas que, con sus negruzcos penachos, ponían en el azul diáfano del cielo arabescos caprichosos, que más parecían interrogaciones misteriosas dirigidas al hombre desde el infinito.

Luego de una selecta merienda, en la que reinó la más franca camaradería, y en la que el tema principal de la charla fué el merecido y unánime elogio de todo lo admirado, se nos dijo que iríamos, como término del programa de aquel día, a ver los talleres de la casa Torras. Confieso que la idea no me pareció lo más grata. Estaba saturado de arte, y mi espíritu reclamaba quietud para saborear el recuerdo de las sensaciones recibidas. Caía la tarde, y el Sol, en un ocaso que más era apoteosis, al teñir de rojo y violeta las aguas que en el horizonte se confundían con la línea del cielo, penetraba dulcemente en el ánimo, invadiéndole con una agradable laxitud. No obstante, ¿cómo no acceder? Y violentando mi natural deseo, acompañé a los congresistas.

* * *

Mi sorpresa culminó en el asombro. No creo pecar de ignorante al confesar que yo tenía de los talleres de la casa Torras un equivocado concepto. Suponía que eran, como otros muchos, reveladores de un relativo adelanto en las artes mecánicas; pero sin que, por su importancia, pudieran despertar extraordinaria admiración en quienes estamos habituados a visitar esas industrias. Seguro estoy de que a los demás compañeros les ocurría lo mismo. Quien más, quien menos, tuvo relaciones comerciales con la casa Torras, sin imaginar la magnitud de la empresa, ni su altísima significación en las industrias españolas. Reflejar mi impresión no sería fácil, cuanto más expresarla con fidelidad. Imaginad una superficie no menor de treinta mil metros cuadrados, poblada de talleres, fundiciones, fábricas

colosales donde el esfuerzo individual es simplemente un elemento directivo de las mil operaciones encomendadas a una maquinaria maravillosa, digna de la fantasía de Wells; imaginaos unos talleres dotados de los elementos más modernos, con los cuales todas las energías de la mecánica son aprovechadas a voluntad y obedecen dócilmente el deseo del hombre, cuya inteligencia, no sólo perfecciona, sino que muestra en toda su omnipotente grandeza la obra de Dios, ya que sin el soplo de la divinidad no sería posible al genio realizar tales milagros.

Renuncio a describir esta soberbia factoría, porque mis palabras vendrían a ser como brochazos dispersos sobre un paisaje de Menier. Baste decir, para formarse una ligera idea de su importancia productora, que allí, donde el trabajo propiamente manual es tan secundario, había en la fecha de nuestra visita 550 obreros, los cuales, así como el personal administrativo, sintiéndose orgullosos de pertenecer a una casa que tan alto ha sabido poner el nombre de la industria española, se prestaron cortésmente, con una amabilidad que nunca agradeceremos bastante, a seguir trabajando cuanto tiempo fuera preciso para que pudiésemos admirar el funcionamiento de las distintas secciones, todas ellas instaladas con arreglo a los más perfectos adelantos del siglo. Y así pudimos recrearnos en los amplios talleres de construcciones metálicas — capaces para una producción anual de 10.000 toneladas, aunque hoy sólo producen siete —, que disponen de un *utiltage* y medios productores de lo más perfecto; recorrimos también con detenimiento los de forja y estampación para grandes piezas, modelos en su clase; y contemplamos su soberbia fundición de hierro, que produce cada año unas ocho mil toneladas, y que dispone del *utiltage* necesario para poder colar piezas de veinticinco. Muy pocas fábricas de hierros podrán superar a la de esta factoría, realmente magnífica, cuyos hornos de fusión, sistema Siemens-Martin, producen 70 toneladas cada veinticuatro horas en marcha continua, y la cual cuenta con un tren de laminación de quinientos cincuenta milímetros para la producción de vigas, ángulos, T, hierros en U, planos, etc., y un precioso tren eléctrico, modernísimo, de trescientos cincuenta milímetros, para la laminación de todos los perfiles comerciales.

Allí estuvimos hasta las nueve de la noche; y si grata nos había sido la visita al Parque de Montjuich, puedo afirmar, por las visibles pruebas de contento de todos los congresistas, que la hecha a los talleres de la casa Torras dejaba en ellos recuerdo imborrable.

* * *

Aun me quedaba una nueva sorpresa que experimentar. Cuando expresaba con calurosos y sinceros elogios mi gran entusiasmo, supe que aquella factoría era el fruto de un arquitecto, hombre de extraordinaria mentalidad, que, como Monturiol, el inventor del «Ictíneo», sintió en su cerebro el influjo del genio creador, y, cuando su vida más pedía descanso que lucha, a los sesenta años de edad, dió un rotundo mentís a los que trataban de llevarle al fracaso con una competencia ruinosa, demostrándoles que nada es imposible a una voluntad tenaz aplicada al servicio de la ciencia. Este hombre, este «carácter», fué D. Juan Torras y Guardiola, cuya fotografía reproducimos. Como Peral, dominaba las Ciencias exactas, y era un

matemático por quien todos los compañeros sentían admiración. Terminó su carrera en Madrid, y el 19 de abril de 1854 obtuvo el título. Como no poseía bienes de fortuna, daba lecciones para poder costearse los estudios y atender a las necesidades de su familia. Fué profesor de Mecánica aplicada a la Construcción en la Escuela de Arquitectos de Barcelona, y en pocos años logró consolidar su prestigio entre todos los profesionales, que acudían a él en consulta siempre que surgía un caso de difícil solución. Fruto de sus constantes estudios fué el logro de que los entramados metálicos y armados de hierro pudieran construirse con mucho menos peso del que obtenían otros constructores y con iguales o superiores garantías de solidez. Como esto le permitía competir con las más poderosas Empresas, en 1894, las Herrerías de Bilbao, concertadas con la Sociedad Material, de Barcelona, acordaron elevarle el precio del hierro y reducir el de los productos similares a los que el Sr. Torras fabricaba. Esto suponía la ruina de su industria, ya que la competencia se hacía de todo punto imposible dado el coste de la primera materia. Entonces, en un arranque de energía, se dispuso a no dejarse vencer, y concibió la magna empresa de fabricarse el hierro, cosa que consiguió en 1900, por lo que se ofrece a la admiración de todos como un ejemplo de voluntad y de talento. Lo que prueba, aquí donde para cualquier intento de alguna magnitud se pretende que ello es patrimonio exclusivo de Norteamérica, el país de los multimillonarios fabulosos, que la inteligencia puede más que el oro cuando la posee quien sabe administrarla con discreción y oportunidad.

* * *

Todo lo dicho no es sino un pálido reflejo de las consideraciones que a la vista de tan grandiosa empresa vinieron a mi mente. La casualidad hizo que aquella misma noche, en el banquete con que la Casa Torras obsequiaba a los congresistas, conociera a su propietario D. Juan Torras y Puig, arquitecto como su padre, y, como él, hombre talentado y modesto, quien ofreció aquella espléndida fiesta de compañerismo en memoria del creador de tan formidable obra. A la amabilidad de mis compañeros de excursión debí el alto honor de presidir, en unión de la encantadora Sra. de Torras, dama distinguidísima, de cultura y talento poco comunes, el banquete con que se nos obsequiaba. Todo elogio sería parco al contrastarlo con la realidad. Con idéntica magnificencia a la que su ilustre padre había prodigado en la construcción de sus talleres, D. Juan Torras y Puig quiso demostrarnos su afecto, superando a cuanto pudiera imaginarse. Derroche de luz y flores en profusión nunca vista; *menu* exquisito, de los más delicados manjares; cantantes de ópera para amenizar la comida, y, sobre todo, como la nota más indeleble de aquella noche ideal, la suprema distinción de una dama que, con la más grata sencillez, sin afectación, puso un broche de oro con su conversación amenisima a la deliciosa y sin igual fiesta.

Agradecido a tanta bondad, yo ofrecí, en nombre de mis compañeros congresistas, y haciéndome eco de sus deseos, divulgar en ARQUITECTURA, para ejemplo y estímulo de todos los compañeros, la colosal obra realizada por D. Juan Torras

y Guardiola, que si tanto supo honrar con su noble esfuerzo a la raza española, debe ser para todos los arquitectos españoles un orgullo que ofrecer a la admiración de propios y extraños.

Por eso, sin aptitudes literarias para expresar cuanto quisiera, rindo desde estas páginas mi modesto tributo de pleitesía y entusiasmo por quien tan gloriosamente laboró en el progreso de las industrias de la Construcción.

RICARDO G. GUERETA.

